

Literatura y educación femenina: el caso de Leticia Valle¹

Literature and Female Education: the Case of Leticia Valle

BEATRIZ DE ANCOS MORALES

Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir

España

beatriz.deancos@ucv.es

(Recibido: 11-12-2020;
aceptado: 11-09-2021)

Resumen. El propósito de este artículo es analizar, a través del relato de Rosa Chacel *Memorias de Leticia Valle* el proceso educativo de una joven preadolescente en contextos formales y no formales en la España de la primera década del s. XX. El comportamiento del personaje femenino evidencia al lector a lo largo de este relato que una educación intelectual no es suficiente para la maduración de la personalidad; debe ir acompañada de un adecuado cultivo de la dimensión afectiva, de la comunicación interpersonal en un ambiente de confianza y de la comprensión de los posibles conflictos interiores para resolverlos durante su crecimiento. Asimismo, el texto narrativo de Rosa Chacel refleja que una relación equilibrada entre educador y educando constituye la base del éxito en la enseñanza-aprendizaje. Como conclusión del análisis de la novela y de su personaje femenino protagonista, consideramos que los textos literarios pueden convertirse para el docente en un medio excelente para mostrar modelos educativos que sirvan de análisis y referente para la educación integral del alumno en la escuela del s. XXI.

Palabras clave: *Literatura; educación básica femenina; desarrollo emocional; escuela; papel del educador.*

Abstract. Using Rosa Chacel's *Memorias de Leticia Valle* this article will analyze both the formal and non-formal learning process of a pre-adolescent girl in the first decade of 20th century Spain. The way in which the female character behaves through this story shows readers that an intellectual education is not enough for an appropriate personality development, which should go hand in hand with the nourishment of the affective aspect, of interpersonal communication in an environment of trust, and of a true understanding of any possible internal conflict to be able to solve them while growing up. Rosa Chacel's narrative text also reflects that a balanced relationship between teacher and pupil is the key to success in the teaching and learning process. As a conclusion of the analysis of the novel and its main female character, we believe that literary texts can become an excellent tool for teachers to show educational models to be used as a source of analysis and guide for a full fledged education of students in the 21st school.

Keywords: *Literature; female basic education; emotional development; school; teacher role.*

¹ Para citar este artículo: De Ancos Morales, Beatriz (2022). Literatura y educación femenina: el caso de Leticia Valle. *Álabe*, nº extraordinario 1. <https://doi.org/10.25115/Alabe.2022.1.7>

1. Introducción

La Literatura es comunicación, y como tal, puede establecer un objetivo pedagógico con sus lectores: transmitir un mensaje del que se desprenda una enseñanza; un proceso comunicativo en el que el eje autor-lector pueda identificarse con el de maestro-alumno. Los textos literarios, de igual modo, no cumplen solo una función lúdica; muchas veces muestran al lector los procesos de la vida, “la vida por dentro”. Junto a estas posibles dimensiones del texto literario recordemos que el género narrativo se ha convertido, en ocasiones, en un cauce apropiado para recrear realidades educativas, ya que la etapa de formación y crecimiento de toda persona es parte de la realidad y como tal puede verse formalizada a través de la Literatura (Ezpeleta, 2016: 461-462).

Ciertamente, en un número considerable de textos a lo largo de la Literatura española y universal el tema de la educación, tanto en contextos formales como no formales, es elegido bien como argumento central del relato, bien como aspecto unido a un personaje protagonista (maestros, profesores universitarios, alumnos) o a un ambiente (escuelas rurales, internados religiosos). Baste recordar algunos títulos como *Amor y pedagogía*, de Unamuno, *La voluntad*, de Azorín, *Historia de una maestra*, de Josefina Aldecoa o *La lengua de las mariposas*, de Manuel Rivas, haciendo calas en las distintas décadas del s. XX de la historia literaria española. En este sentido resultan significativas las aportaciones de Lomas (2007, 2008) sobre el reflejo de la escuela en la Literatura y la sistematización de los tópicos o temas de esa memoria literaria de la escuela². Otras investigaciones han rastreado a fondo la presencia de las realidades educativas en una lista representativa de narraciones (Ezpeleta, 2006, 2008, 2013a, 2015; Martínez-Otero, 2010), catalogando este tipo de relatos dentro de la modalidad de “novela pedagógica o de instrucción” (Ezpeleta, 2016: 462) y analizando las relaciones maestro/alumno en los entornos escolares. En algunos casos, los escritores tratan de proyectar en sus relatos idearios educativos personales, como sucede con la generación del Realismo y los proyectos educativos desarrollados por la Institución Libre de Enseñanza en el último cuarto del s. XIX, basados en los presupuestos filosóficos del krausismo.

Asimismo, otros estudios posteriores revelan que la presencia del niño y su desarrollo en la literatura occidental es relativamente reciente, justo cuando se empieza a considerar que la infancia constituye una etapa decisiva en la formación del ser humano y futuro ciudadano. (Morán, 2019: 8-9). Así se observa en la obra de Goethe *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1796), iniciadora del género de novela de aprendizaje en la literatura europea, en la que se analizan experiencias personales de diversa índole que incidirán en el paso de la infancia a la madurez. Sabemos, además, el interés que Rosa Chacel tenía por el *Retrato del artista adolescente* de Joyce, otra de las obras que marcarán un hito en el *Bildungsroman* de la literatura contemporánea (Morán, 2019: 10-11).

² Lomas especifica los tópicos literarios sobre la escuela: nostalgia por los años del colegio, la figura del maestro, la vida en las aulas, el maltrato escolar, amistades escolares, tedio escolar en la monotonía de la jornada (2007:23).

En estas páginas presentamos una reflexión sobre la novela *Memorias de Leticia Valle* de la novelista Rosa Chacel, focalizando el análisis en la estampa singular de la educación femenina a principios del s. XX que ofrece esta obra literaria, así como en las experiencias descritas sobre la vida afectiva en crecimiento del personaje principal, no tanto de la vida escolar en sí. Un relato de protagonista infantil desmarcado, por otra parte, de las publicaciones sobre niños y para niños que circulaban en la posguerra española (Colomer, 2000; Uría, 2004), pues el niño es considerado como protagonista, no como lector.

2. El texto en su contexto

La autora vallisoletana recrea parte de su infancia y de su personalidad infantil en esta obra que vio la luz fuera de España en 1945, así como en una novela posterior, *Barrio de maravillas* (1976), donde Isabel, la niña protagonista, también narra en primera persona su infancia y su paso a la adolescencia. Sabemos que la madre de la escritora, maestra de profesión, le impartía en casa lecciones de cultura general. A los tres años Rosa Chacel ya sabía leer. Durante su infancia leyó obras de Julio Verne, Walter Scott y Alejandro Dumas entre otros. Le gustaba la ópera, la zarzuela y el teatro. Añadimos a estos datos autobiográficos presentes en *Memorias de Leticia Valle*, su formación autodidacta y la tendencia a la fantasía y ensoñaciones. “Podemos decir que Leticia y Rosa son un mismo yo desenvuelto en circunstancias diferentes” (Morán, 2010: 61). Coincidiendo con los personajes infantiles de ambos relatos, Rosa Chacel vivió en Valladolid hasta los 10 años.

Atendamos, por un momento, a la génesis de la redacción de este relato para situar el texto en su contexto, tanto histórico-social como literario. Rosa Chacel había salido de una España encendida en un conflicto nacional en el año 1936. Viajó primero hacia París desde la Valencia republicana con su hijo Carlos. En la capital francesa coincide con el poeta y escritor Luis Cernuda, también exiliado, por el que sentía gran admiración y amistad. De allí marcha a Grecia con Concha de Albornoz, intelectual feminista amiga suya desde 1918, formada en la Institución Libre de Enseñanza, y con la que asistía a conferencias y diversos actos culturales en Madrid. Rosa regresa a Ginebra (Suiza) para reunirse con su marido, Timoteo Pérez Rubio. Corre el año 1939; allí les sorprende el estallido de una Segunda Guerra Mundial y toman, entonces, la decisión de viajar a América, pasando por Francia (Burdeos), con destino Río de Janeiro (1940).

Sabemos que la redacción del relato elegido había comenzado en 1937, durante la itinerancia de la escritora por Europa. Parte de su texto será publicado en la revista *Sur* de Buenos Aires en enero de 1939, revista hermanaada con la *Revista de Occidente*, en la que colabora la escritora junto con otros escritores de la Generación del 27 vinculados a las ideas sobre el arte de Ortega y Gasset (Yndurain, 2004). Cuando aparece en Buenos Aires como libro, en nada se asemeja en su contenido a las ediciones de relatos de protagonista femenino en la literatura infantil y juvenil de la posguerra española, desmarcados

por completo del pasado cultural anterior a la Guerra Civil. En efecto, los relatos sobre niños y para niños de esa época tienen una preocupación moralizante y adoctrinadora, ya que las publicaciones han de ser “edificantes y pedagógicas”, pues la pretensión del nuevo gobierno es “instruir deleitando” (Uría, 2004). Desde el siglo XIX, los personajes femeninos de la literatura infantil y juvenil se habían desarrollado en torno a dos dimensiones de la persona: el deseo de aventuras y la independencia (*Mujercitas, Heidi, Pippi Calzaslargas*). En España se instaura en la narrativa una corriente de realismo de la vida cotidiana de niñas en sus respectivas familias que se forman en colegios religiosos (Celia Gálvez, Antoñita la Fantástica, Mari-Pepa), un mundo confortable de la clase media y la alta burguesía, criadas de pueblo y buen humor, eludiendo en los relatos a los problemas económicos sobrevenidos tras los años de la contienda civil. Tan solo podría acercarse a ellos *Memorias de Leticia Valle* en tanto que relato autobiográfico —en este caso confesiones o memorias—, formato típico de la escritura de mujeres contemporáneas a cuyas publicaciones hemos aludido anteriormente (Elena Fortún, Borita Casas o Emilia Cotarelo), unido a la especial sensibilidad para captar el interés de la vida cotidiana.

Por otra parte, atendiendo a su contextualización como género literario, el relato de *Memorias de Leticia Valle* ha sido considerado por la crítica como una de las obras maestras del género de *Bildungsroman* durante la dictadura franquista (Bezhanova, 2012). En cambio, tras el estudio de Aránzazu Sumalla (2012) podemos afirmar que participa, en mayor o menor grado, de algunas de las características propias de las novelas de formación en la narrativa contemporánea española escrita por mujeres, aunque no con la plenitud de su novela *Barrio de Maravillas*. Entre las señaladas por Sumalla (2012: 140-382), nos detenemos brevemente en seis de ellas:

1. *Autobiografía ficcionalizada*, en la que la frontera de narrador y autor queda difuminada. *Memorias de Leticia Valle* es el primer texto de acercamiento de la autora a la literatura de confesión, como ha resaltado la crítica (Rodríguez Fischer, 1998: 43). No se produce una traslación directa de su vida al texto literario, sino huellas de la infancia recreadas en la ficción.

2. *Reflexión sobre la labor artística/ literaria y el conocimiento*. En el caso que nos ocupa la protagonista femenina muestra aptitudes para la música que muy pronto descubre la maestra rural de Simancas y que su profesora de música doña Luisa tratará de potenciar con las lecciones de solfeo.

3. *Identidad diferencial*, un sentimiento de distanciamiento respecto al entorno familiar y social a causa de una sensación de diferencia. En el caso de Leticia Valle, queda patente desde el inicio del relato, y más aún cuando empieza a frecuentar el colegio de Carmelitas en Valladolid, su sentimiento de extrañeza frente a todas sus compañeras: “Me mandaban allí como a curarme de algo: a que aprendiese a ser niña, decían. Pero cuando empecé a tratarlas me produjeron horror, horror y asco. Eran ellas las que estaban enfermas de su niñez [...] En el recreo yo las veía jugar a hacer comiditas y hubiera querido pisotearlas” (Chacel, 2008: 20)³. Ella se siente distinta a sus compañeras, es “su

³ A partir de ahora citaremos el texto de *Memorias de Leticia Valle* por la edición de Herce Editores, 2008.

secreto” y manifiesta un insaciable deseo de abandonar la etapa de la infancia: “Nunca me cansaré de decir el asco que me da esta enfermedad que es la infancia. Lucha uno por salir de ella como de una pesadilla y no logra más que hacer unos cuántos movimientos de sonámbulo y volver a caer en el sopor” (Chacel, 2008: 159).

4. *Ausencia/omnipresencia de progenitores.* En el caso de Leticia Valle, el lector es informado al inicio del relato de la pérdida de la madre siendo muy pequeña y, por otro lado, queda patente el papel irrelevante del padre, el coronel Valle, en el desarrollo de su personalidad: en los primeros años, ausente por la guerra, después sin apenas comunicación con su hija Leticia, quien busca un ambiente familiar en casa de sus profesores particulares Daniel y Luisa.

5. *La importancia de modelos femeninos.* En la novela encontramos el personaje de la profesora de música doña Luisa, que ejerce suavemente de mentora durante el año que Leticia pasa en Simancas. Leticia no escribe ningún recuerdo negativo sobre ella; más bien, la siente cercana, cobijo seguro para sus continuas inquietudes, fruto de su inmadurez afectiva. Dada la ausencia de la madre, Luisa se presenta como un modelo femenino adulto de proyección para la joven preadolescente. Más lejos queda su tía Aurelia y la maestra del pueblo, cuyo nombre permanece en el anonimato.

6. *La necesidad imperiosa de interlocutor frente a la incomunicación.* Leticia Valle recuerda que desde pequeña carga con el conflicto interno, al que denomina “mi secreto”, el deseo de huida de la etapa de la infancia. Huérfana de madre y con un padre ausente por la guerra, espera ansiosa su regreso poder hablar con él, saber de sus hazañas.

Creía que él iba a explicarme, que él iba a estar cerca de mí en todo lo que me interesaba, que con mirarle comprendería solo aquellos misterios, aquellos dramas que yo sabía que llevaba dentro. Pero no fue así, y no es que él se apartase, no; me quería mucho, quería tenerme siempre con él, pero no quería que le preguntasen [...] Yo creo que hablaba tanto para que no hablasen los otros, es decir, para que no se hablase más que de lo que él quería (Chacel: 23).

Al comprobar que este diálogo tan esperado no se produce, se sumerge en su primera desilusión y soledad. En el colegio de Valladolid tampoco consigue comunicar con ninguna de sus compañeras de escuela, excepto con otra colegiala en la que percibe un problema similar: “Aquella chica era la única que tenía como yo su secreto” (Chacel: 20).

La incomunicación habitual con su tía Aurelia le lleva a refugiarse en la soledad y el silencio que le ofrece la vida rural en Simancas, alimentando su introversión infantil. En cambio, la admiración que se despierta en ella por la maestra le dará pie a extenderse en conversaciones sobre la nueva vida familiar que está descubriendo en casa de Daniel y Luisa. Pero será el encuentro personal con Luisa, gracias a la música, el desencadenante de su apertura a compartir sus inquietudes y emociones, dentro de la distancia que las separa por edad.

El lector se enfrenta a una narrativa intimista, con una reflexión sobre la difícil

comunicación humana y sobre la condición femenina, una constante en las obras de Rosa Chacel (Soldevila, 1990).

3. Leticia Valle y sus *memorias* de preadolescente

Leticia Valle como personaje narrador anuncia la intención de poner por escrito una experiencia vivida en la preadolescencia (“sus cosas”) que le ha marcado para siempre: “las escribiré para que no se borren jamás de mi memoria” (Chacel: 8). La joven protagonista pone de manifiesto la necesidad de reflexionar sobre su hacer y sentir en la vida, mientras intenta avanzar en su crecimiento personal. El ejercicio de recordar su experiencia por escrito con una brillante maestría introducirá al lector en una marea de emociones que le llevará a vibrar y compadecerse con la joven protagonista.

Nos encontramos, por consiguiente, ante una novela de introspección psicológica, de prosa fluida y analítica, poco verosímil para ser escrita por una protagonista de 11 años de edad y muy lejos del lenguaje vivo e inocente de protagonistas de las series de ficción autobiográfica contemporáneas como Celia Gálvez o Antoñita la Fantástica (Martínez Cachero, 1997: 528). Como estrategia narrativa, Rosa Chacel ha delegado su quehacer narrativo en una niña, en apariencia madura para su edad, para enfrentarse a un examen exhaustivo de su propia infancia. No debemos perder de vista esta clave metaliteraria (Álvarez Pereletegui, 2011). Algunos críticos han hablado, incluso, de una doble voz narrativa en el relato: la de una Leticia adulta que describe un relato de su vivencia a los 11 años.

De pronto, me acuerdo... No, eso no lo escribiré. Describí todos mis sentimientos sublimes hasta que desembocaron en aquello, porque para eso lo hice: para que se viese dónde fueron a parar. De lo que ahora no quiero decir nada, no quiero que resulte conmovedor mi sufrimiento; al contrario, si sigo escribiendo es solo porque no quiero pasar por alto esta red de detalles grotescos que se teje alrededor mío, para mi bien (Chacel: 194).

El lector se sitúa ante un relato circular marcado tanto por una fecha —10 de marzo— como por la alusión a la rama de hiedra en el marco de su ventana (Chacel: 3), datos espacio-temporales presentes al inicio y final de la narración. El ritmo de la novela alterna entre los flujos de pensamiento de la narradora, como hará después en *Barrio de Maravillas*, y los diálogos entre los distintos personajes que se incluyen en la historia. No existe fragmentación del relato en capítulos, sino diferencia de escenas por un salto en la composición textual (Sumalla, 2012: 95).

Si bien es cierto que esta novela admite lecturas complementarias (Morán, 2010), el presente estudio tiene como objetivo atender en el relato al proceso educativo de la pequeña Leticia tanto en contextos formales como no formales -y en particular de su creci-

miento en la dimensión afectiva-, del que la narradora parece que quiere dejar constancia mediante una recopilación de recuerdos, vivencias y sensaciones; una mirada retrospectiva a sus 11 años, que abarca, al tiempo, una mirada global sobre lo que ha sido su infancia. Recuerdos escritos en una edad decisiva —12 años—, pues marca el paso de la etapa infantil a la primera adolescencia, con el consecuente deseo de mayor autonomía personal. “Tengo tal necesidad de pensar por cuenta propia, que cuando no puedo hacerlo, cuando tengo que conformarme con alguna opinión que no arranca de mí, la acojo con tanta indiferencia que parezco un ser sin sentimientos” —confiesa Leticia Valle (Chacel: 10).

Una de las estrategias que emplea la protagonista para acelerar su crecimiento y abandonar la infancia consiste en acumular conocimientos; de ahí que siempre esté estudiando y que el médico le aconseje a su tía Aurelia que deje los estudios por un tiempo para no enfermar. Esta actitud de Leticia podría interpretarse como una señal de mecanismo de huida de la realidad que no acepta, a la que me referiré más adelante.

La niña vive con su padre, el coronel Valle, recién llegado a Valladolid como combatiente mutilado de la Guerra de Marruecos. Dadas sus limitaciones físicas por el uso de muletas, el veterano militar decide trasladarse a Simancas con su hermana Aurelia, el aya y las criadas, para desenvolverse con más facilidad en su actividad cotidiana. Para Leticia este traslado supondrá, entre otras cosas, el cambio de escuela y la posibilidad de experimentar una educación distinta dentro los contextos educativos de la época: los colegios femeninos dirigidos por congregaciones religiosas, frente a la incipiente escuela laica en España, o la educación particular a través de una institutriz o preceptor, para los hijos de la alta burguesía y clase media española de principios de siglo XX.

Leticia se considera una niña despierta, superior a las niñas de su edad e, incluso, a algunos educadores con los que trata, como su profesora particular en Valladolid, Margarita Velayos, o la maestra rural de Simancas después. Es consciente de su inteligencia, de su imaginación viva y, principalmente, de un talento singular: su prodigiosa memoria. De ella se sirve para el estudio, pues desconoce otra forma de aprendizaje que no sea el memorístico. Así, nos cuenta que el día previo a la primera clase particular con don Daniel, repasa de memoria todo lo que había aprendido hasta el momento, es decir, somete su memoria a examen, como solía hacer desde que comenzó su pasión por el estudio:

Repasaba en mi memoria todos mis libros, desde el primero que había leído en mi vida hasta el último, y recordaba las frases tal y como estaban situadas en la página, con los pequeños defectos de la imprenta, con las señales de lápiz que yo había hecho. Después repasaba todos los versos que sabía de memoria: las fábulas, las canciones, las oraciones, por último. De los siete a los nueve años hacía esto con frecuencia, hasta que acababa por darme fiebre. Pues bien, aquella noche pretendí hacer lo mismo y mentalmente repasé las primeras hojas de mi Historia Universal (Chacel: 54).

De todos modos, hablaremos de talento singular y no de superdotación intelectual

para describir su afición al estudio. A lo largo de su relato, Rosa Chacel va descubriendo otras carencias intelectuales y emocionales en la personalidad infantil de su personaje.

El relato avanza a ritmo lento y la autora va mostrando entre líneas el carácter de una niña sensible, introvertida, muy observadora, con una *mirada perspicaz* (Rosales, 2000) que le permite ver lo que le rodea con mirada propia de artista: atenta y aguda, penetrante; atención que consigue *desautomatizar* la percepción de la realidad y penetrar todas las cosas hasta llegar al final, a descubrir lo oculto bajo una apariencia ordinaria; no es un simple hecho de pasar por ellas. Esta peculiaridad del personaje femenino no se advierte en episodios aislados, sino durante todo el relato. La observación minuciosa del trato cotidiano entre Luisa y su marido, la parquedad de sus diálogos, le harán descubrir, por ejemplo, que hay desamor en su matrimonio (Chacel:166); la visita de su primera profesora, Margarita Velayos, a su padre en Simancas le hará entender que entre ambos existe una antigua amistad desconocida por completo para ella (Chacel: 142); tras observar varios días la botella de coñac en el aparador del comedor, descubre que su padre se ha dado a la bebida (Chacel: 62).

4. Una vida afectiva en crecimiento: educación en contexto formal y no formal

En *Memorias de Leticia Valle* el lector se enfrenta a un texto rico en análisis de las emociones y sentimientos de una preadolescente que se abre camino hacia la pubertad. Rosa Chacel otorga mayor importancia en su relato al análisis psicológico del personaje que a la sucesión de acontecimientos en la trama argumental, muy adelgazada y focalizada en un año de la vida de Leticia. La escritora pone el énfasis en la percepción que hace Leticia Valle de la realidad cotidiana, con esa mirada penetrante y aguda que caracteriza a esta jovencita, cualidad que le permite registrar en su memoria todo lo que le rodea y reflexionar sobre ello; un hábito adquirido por las circunstancias en que se desenvuelve su infancia y que le ayudará notablemente en su crecimiento vital.

Si nos detenemos en la formación y crecimiento de la dimensión afectiva de la protagonista, dentro de la psicología del ciclo vital, llama la atención, en primer término, su lucha por salir de la infancia, a la que considera una enfermedad o pesadilla. Algunos autores califican de “distorsiones afectivas” ciertos mecanismos de huida de lo real en la persona. “A veces, la realidad se presenta como conflictiva, amenazante, perturbadora, desestabilizante, fuente de dolor. El crecimiento personal suele proceder de afrontar estas situaciones. Pero a veces, al no querer, o al no saber enfrentarse a ello, por carecer de recursos, la persona huye de este afrontamiento mediante mecanismos de huida” (Dominguez, 2007: 84). Parece ilustrar al caso del personaje que nos ocupa. Leticia alude en su confesión a una situación familiar difícil, de la que no es extraño que quiera distanciarse irracionalmente: huérfana de madre, padre ausente por su condición de combatiente en África; hija única, crianza con su tía Aurelia, “la menos aficionada a hablar” (Chacel: 13).

A través del relato-confesión de la narradora, podemos ahondar en la raíz de sus conflictos afectivos en su etapa de crecimiento. Ya aludíamos al inicio de estas páginas a la ausencia de la madre como rasgo caracterizador de las novelas de formación en la literatura española contemporánea. A la edad de la protagonista, ¿qué supone no tener madre y no haberla conocido? Una falta de apego que genera desconfianza e introversión. La niña intenta atrapar en su memoria los recuerdos sensibles, más que visuales, de su progenitora con el deseo de actualizarlos. No olvidemos que recordar es pasar por el corazón:

Cuando era pequeña, oía hablar de ella y me decía a mí misma: no, no era así, yo recuerdo otra cosa, pero ¿qué es lo que yo recordaba? Nada, claro, nada que se pueda decir oscuramente. La verdad es que nunca pude recordar cómo era mi madre, pero que yo estaba con ella en la cama, debía ser en el verano, y yo me despertaba y sentía que la piel de mi cara estaba enteramente pegada a su brazo, y la palma de mi mano pegada a su pecho (Chacel: 10).

Un segundo golpe de crisis o crecimiento interior en su proceso de maduración emocional se produce al regreso de su padre del frente de guerra. Leticia advierte que, desde ese momento, ella ya no es el centro de la casa, sino su padre enfermo, pues al estar convaleciente de la guerra de África, necesita todo tipo de atenciones de su tía Aurelia y de la servidumbre de la casa. Ella esperaba con ansiedad el regreso de su padre para ser escuchada, tener la oportunidad de hacerle muchas preguntas, saciar su curiosidad, pero la realidad fue distinta, como ya aludimos en páginas anteriores.

Comienza, de este modo, para Leticia una etapa de soledad y crisis; se acentúa su introversión, dedicándose a contemplar los elementos que le rodean en la casa y después en el campo, una vez trasladados a la localidad de Simancas. Su desobediencia infantil se temple en docilidad a las indicaciones de los mayores (Chacel: 27), indicador de logro de su crecimiento. Cultiva un silencio reflexivo que la propia narradora alimenta durante todos los sucesos comprendidos en el año que quiere recordar; el silencio se convierte para Leticia en “un puesto de observación” (Chacel: 43). Los espacios de soledad en sus momentos de cansancio o dificultad son un refugio seguro. Así, tras salir un día agotada de la lección con don Daniel y la tensión in crescendo que esta relación le supone, se dirige a la ermita del Arrabal, que ya había visitado en sus paseos con doña Luisa, buscando la soledad en que sosegar su espíritu: “Había una soledad maravillosa” (Chacel: 136).

La falta de afecto familiar que sufre Leticia Valle se verá compensada con el contacto asiduo con doña Luisa, su familia y su mundo. La cálida acogida en su hogar, su aspecto jovial y alegre, su trato cercano y la implicación de Leticia en las tareas domésticas como si se tratara de su hija le hacen encontrar en Luisa el cariño maternal que no le prodigaban ni su tía Aurelia ni su padre. Recibe una ternura inmensa de la que reconoce no sentirse merecedora (Chacel: III-II2).

El encuentro con el marido de Luisa, Daniel, y el progresivo trato con él a través

de las lecciones particulares que recibe diariamente harán despertar en Leticia un sentimiento creciente de fascinación. En primer término, surge un sentimiento intenso de admiración como respuesta afectiva a su valía intelectual, pero poco a poco se despierta, con el trato asiduo de sus clases, un atractivo mutuo entre el hombre maduro y la jovencita estudiante, una tensión emocional mantenida durante toda su relación académica y que evolucionará a una comunicación profunda entre ambos expresada con solo una mirada, una mirada seductora que desvela al lector que Leticia está experimentando deseos propios de una adolescente, embargada de nuevo en las ensoñaciones de su fantasía, “en aquellos juegos de imaginación que no admitían barreras” (Chacel: 91). Deseos que se traducen en varias manifestaciones, recogidas con minuciosidad por la voz narradora:

Estudiaba mal y hasta escuchaba mal a don Daniel.

Hacía como si le escuchase con una atención enorme, pero en realidad no hacía más que mirarle. Me entretenía en observar cómo le nacía el pelo en las sienes, cómo se le recortaba alrededor de las orejas y cómo la barba le formaba distintas corrientes que partían de junto a la boca.

No podía observarle tan minuciosamente más que en numerosos intentos. Mientras él hablaba yo iba pensando en los numerosos detalles que me faltaban; entonces le miraba fijamente, como para comprender lo que decía, y me cercioraba bien de cómo brotaban en el borde de sus párpados las pestañas, brillantes y negras como de laca (Chacel: 90-91).

Después de una infancia dura afectivamente, sin cariños humanos, Leticia se siente estimada, siente nacer el amor en su corazón, a través del cariño que le manifiestan tanto Daniel como Luisa. “Leticia es mi mejor amiga” dirá una tarde doña Luisa, elogiando su talento, a su tía Aurelia en un encuentro casual (Chacel: 48). Ese sentimiento gratificante de sentirse querida y valorada por sus cualidades, de sentirse observada -importante en el inicio de la pubertad-, genera una respuesta afectiva y le insta a actuar en una clara dirección dentro de un comportamiento adolescente; desea agradar y complacer a aquellos que la aman, así como ejercer cierto atractivo en su profesor. Esta fuerte compenetración afectiva entre alumna y profesor tendrá su explosión en el recitado del largo poema de Zorrilla durante el homenaje a la maestra del pueblo, en el cual Leticia se concentrará en el mirar desafiante hacia don Daniel, presente entre el público, hasta finalizar su brillante y aplaudida actuación, dejándole totalmente deslumbrado por su prodigiosa memoria y capacidad para la dicción poética (Chacel: 149).

Aunque Leticia se siente orgullosa como mujer frente a la superioridad intelectual de su profesor, tras el éxito obtenido con el recitado del largo poema—podríamos decir “empoderada”—, confiesa al lector quedar sumida en la situación emocional de una niña pequeña: “El día de la fiesta yo tenía quince o veinte años, al día siguiente cinco o seis” (Chacel: 160). De nuevo, la joven Leticia se apercibe de su inmadurez. Su reacción afectiva es distinta a la de los adultos. ¿Quién es el adulto / educador que le ayudará a crecer?

Llegados a este punto, podríamos hacer ya una propuesta de reflexión sobre el proceso educativo del personaje femenino, objeto de análisis de este relato, dentro de los parámetros de la psicología del desarrollo. Érika Landau (2003) señala en su estudio sobre altas capacidades en la educación infantil y primaria que el educador no solo debe ayudar a los niños a madurar en su progreso intelectual, sino que debe implicarse en la tarea de desafiarlos emocionalmente para que no se queden como “analfabetos emocionales”, para que sepan establecer un diálogo con ellos mismos y posteriormente comunicarse con otras personas. Es necesario enseñar a percibir sus emociones, nombrarlas y hablar de ellas sin reparo. Todo educador debe apuntar a una formación integral del educando, al cultivo de todas sus dimensiones en las diferentes experiencias vitales para llegar a la madurez de su personalidad en sus distintas facultades: inteligencia, voluntad, corazón. El desarrollo de la persona es multidireccional, multidimensional y discontinuo. “Toda experiencia en el niño contribuye a su saber, a su yo mismo y a su interacción social. El proceso continuado del aprendizaje, de las vivencias constituye un yo más completo que la suma de sus partes”. (Landau, 2003: 32-33). Leticia Valle, en ciertas partes de su relato, deja traslucir, e incluso confiesa abiertamente al lector, sus “bloqueos emocionales”, su falta de madurez, sus desajustes entre el desarrollo intelectual y el afectivo. Leticia reconoce en las páginas de su cuaderno que le queda mucho por andar en este proceso de madurez emocional. Al final del relato, durante los días otoñales en Suiza, alojada en casa de sus tíos, le llega la noticia de que su familia se ha deshecho de la casa de Simancas. “No sé si era la cólera o la amargura lo que me llenaba los ojos de lágrimas. Me parecía que ya, en los días de mi vida, no volvería a sentir nada de lo que se pudiese llamar de una u otra forma amor” (Chacel: 196). Carece de interlocutor/educador que le acompañe en la interpretación e integración de las decisiones familiares.

El análisis del proceso educativo de Leticia Valle en el relato se completa con los pasajes referidos a su relación con la escuela como contexto educativo formal. Durante el periodo 1902-1917 –años durante los cuales transcurre la historia– la política española reconoció socialmente el papel tutelar del Estado en materia educativa; se aceptó la escolaridad obligatoria ampliándola de 6 a 12 años para la educación Primaria. Por otra parte, los hijos de la alta burguesía y la clase media continuaron educándose en colegios dirigidos por congregaciones religiosas, a pesar de que el creciente liberalismo perseguía el monopolio eclesiástico de la enseñanza (De Puelles Benítez, 1982; González, 1988; Capitán Díaz, 1994). Leticia Valle nos cuenta en su relato que empezó a frecuentar a los 8 años el colegio de la congregación de las Carmelitas en Valladolid durante unos meses, –escuela privada frente a la escuela nacional– mientras vivía con sus tías, “más que para adquirir conocimientos académicos, para que tuviese trato con otras niñas” (Chacel: 22), pues la educación femenina de la época no contemplaba con buenos ojos la apertura de la mujer a los estudios. Un apunte más sobre su status social y la posibilidad de elección de centro educativo privado (González, 1988). En efecto, “Estas llevan el sello de ‘escuela para ricos’. El colegio está reservado para los que pueden costearse sus estudios (González, 1988: 95)”. De ese corto periodo de escolarización recuerda la joven protagonista

que sentía aversión por sus compañeras; se sentía distinta, porque era consciente de su mayor capacidad de autoconocimiento; lo cual evidencia, aparentemente, una excepcional madurez para su edad. Antes de pisar el colegio, había tenido una profesora particular, Margarita Velayos, maestra que pronto descubrió el talento intelectual de su pupila y, en concreto, su memoria prodigiosa. “Tanto ella como el médico decían que yo sabía demasiado y que me convenía más pasear que estudiar” (Chacel: 14).

Al trasladarse de Valladolid a Simancas, tras el regreso de su padre de la guerra de Marruecos, Leticia abandona la escuela privada y se vuelca en la observación, la reflexión y el estudio autodidacta de lo que le rodea; el movimiento de la ciudad al pueblo, con el consiguiente cambio de ritmo vital, y el dejar de ser el centro de la casa le ha hecho virar su actitud ante la vida. Su tía Aurelia, por otra parte, opina que no está aprovechando bien el tiempo en el pueblo y decide, con el visto bueno del coronel Valle, contratar a la maestra del pueblo, que acude de 17 a 18h cada día a la casa para clases particulares, tras finalizar su tarea diaria en la escuela (Chacel: 28). Se trata de una escuela rural, con un nivel de instrucción inferior a la escuela pública urbana.

Leticia se da cuenta de los escasos conocimientos de la maestra y esta, a su vez, se lamenta de su escasa instrucción frente a la inteligencia viva de su alumna:

Las primeras lecciones fueron tan angustiosas para ella como para mí: preguntas y respuestas que se iban consumiendo poco a poco, y, al cerrar cada libro, un carpetazo como un suspiro de descanso. Luego media hora dedicada a la lucha con la caligrafía. Ella decía monótonamente, yo escribía veloz, terminando antes de que hubiesen dejado de sonar sus palabras (Chacel: 29).

Leticia se aburre con la maestra rural por su metodología de trabajo: “Yo no quería descorazonarla, pero estaba dispuesta a que aquello no continuase” (Chacel: 29). Finalmente alcanza a descubrir un punto de admiración en la maestra en aquella habilidad que ella no domina: las labores de costura que prepara para sus alumnas. La respuesta afectiva de la admiración en las relaciones que se establecen entre maestro-alumno es significativa en toda enseñanza-aprendizaje, pues demuestra capacidad de asombro ante lo valioso del otro y genera actitudes de agradecimiento y reverencia. Así sucede con Leticia, admirada por la maestría en las labores que demuestra su profesora. Esa “competencia excelente” es la que atrae a Leticia —y ciertamente a cualquier educando— hacia el aprendizaje significativo: “a mi maestra me gustaba dejarla que me enseñara, me gustaba verla empezar y rematar la cosas, verla fundir las puntadas matizando con las sedes de colores, verla afilar los realces en el bordado en blanco. En esto sobre todo la admiraba” (Chacel: 31). Se trataba, en el fondo, de una mujer humilde y sin recursos, cuyos estudios habían costado las damas de una sociedad benéfica: “la primera de las mujeres pobres que habían favorecido y querían conmemorar aquellos 25 años de vida virtuosa como el mayor triunfo de su sociedad” (Chacel: 129). Una mujer con la sabiduría que da la experiencia, más que los libros; en efecto, como buena educadora ha observado las cualidades

para la música de esta niña que parece aventajarle en todo por su inteligencia precoz. La maestra descubre sus habilidades y desea potenciarlas —aspecto esencial en todo educador—. Por ello, le recomienda seguir clases de música con Luisa, esposa del archivero de Simancas.

Por último, Leticia relata su incorporación al grupo de niñas de la escuela de Simancas a la clase de labores (Chacel: 30). Una tarde de tormenta Leticia se da cuenta de que la maestra no consigue controlar el grupo de jovencitas —revueltas e inquietas por el cambio de tiempo—factor determinante para que el proceso de enseñanza-aprendizaje se realice adecuadamente. Como alumna aventajada tiene un puesto junto a la mesa de la maestra, distinto al de las demás pupilas. Con un irónico comentario sintetiza el ambiente de la clase: “primero se reía, luego se rezaba y luego se cantaba”. La maestra aprovecha para sacar partido de los talentos de Leticia Valle y le invita a contar cuentos a sus compañeras:

La maestra daba golpes con la regla en la mesa, pegaba gritos desahogados para mandarlas callar, poniéndose ella tan excitada como la que más, hasta que sonaba el primer trueno, lejos todavía, pero lo suficientemente claro como para borrar el ambiente de discordia: entonces se le echaba la culpa a la tormenta, se encendía el cabo del Santísimo y se rezaba mientras iban creciendo los truenos hasta estallar en nuestras cabezas. [...] Cuando se hizo silencio yo conté un cuento y después otro y otro; así se pasó la tarde (Chacel: 33).

Una última escena en relación con la escuela como contexto formal de aprendizaje será el homenaje que brinda el ayuntamiento de Simancas a la maestra del pueblo con motivo de sus bodas de plata en el ejercicio del Magisterio. Como era habitual en los colegios de niñas, en las fiestas y celebraciones especiales se prepara una exposición de labores (Chacel: 139), y por la tarde el consabido festival: discursos, una breve actuación teatral preparada por los chicos del pueblo, otra musical y declamación poética. Leticia tendrá su actuación estelar con el recitado del poema La carrera del escritor vallisoletano José Zorrilla: 448 versos ante el público sin equivocarse una sola vez, adecuando el ritmo y la voz a las exigencias del contenido (Chacel: 137).

Un último apunte sobre la educación femenina vendrá de la mano de la visita de sus tíos de Suiza, Alberto y Frida, y el desplazamiento temporal a su casa, tras la salida abrupta de Simancas. A través del trato con su prima Adriana, conoce el tipo de educación artística que recibe: música y danza (Chacel: 102) con profesores particulares en Berna.

Otro aspecto interesante a reseñar en este relato es la relación personal que Leticia mantiene con sus educadores. Aludíamos anteriormente a la admiración como una respuesta positiva en el proceso de enseñanza aprendizaje en el educando. En el caso de su primera profesora en Valladolid, Margarita Velayos, con la que se reencuentra en Simancas en las bodas de plata de la maestra del pueblo, no se produce esta relación. Las

pinceladas sobre la impresión del reencuentro: —“Cuando yo vi entre aquel montón de faldas negras, enormes, su figura esbelta, su traje gris muy ajustado, sentí que perdía el compás el equilibrio, el centro de gravedad para todo el día”— lo delatan (Chacel: 138). La percibe como una mujer fría, distante, “glacial”, con la que no logró comunicar en la infancia (Chacel: 142).

Una impresión muy distinta le producirá Luisa, la joven profesora de música; le resulta una mujer cálida, cercana y atractiva por su desparpajo y naturalidad. Escribe también sus impresiones:

Cuando le oí decir “adiós, querida” me di cuenta de que no era castellana. Su desenvoltura me deslumbró. No era elegante, como algunas señoras de Valladolid, como algunas señoras de Valladolid que yo admiraba, no sé si se puede emplear aquí esta palabra, pero yo diría que era mundana. [...] mundana quiere decir que no tiene la manía de estarse quieta que tiene toda mi familia. Tampoco tenía el aire de viajera que de mi primera profesora. [...] Esa fue mi impresión cuando la miré al marcharme, a la puerta de su casa. Había un cerco oscuro, azul y verde, alrededor de sus ojos grises muy grandes. Solo por tener aquellos ojos ya se podía decir que era muy guapa, y en realidad lo era. Estaba tan mal peinada, de un modo gracioso, y tan delgada que parecía que en vez de estar criando a un hijo estuviese criando a diez a un tiempo.

Entonces me pareció que nos decía adiós con una mirada tan franca, tan abierta. [...] Aquella mirada de confianza no volverá a repetirla nunca (Chacel: 36-37).

Los pequeños detalles para con la niña a la que abre de par en par las puertas de su casa, las sencillas confidencias sobre sus gustos, la implicación en las tareas domésticas y los comentarios sobre los proyectos sobre su aprendizaje musical acaban por conquistar a la pequeña Leticia.

Lo que me parecía más admirable era verla escribir la música. Tarareaba cosas medio olvidadas y las apuntaba con lápiz en trozos de papel pautado que había entre los métodos. Yo no había visto nunca la música escrita así. Los signos musicales, tan duros, tan estrictos en la escritura impresa quedaban allí reducidos a unos garabatos ligeros (Chacel: 174).

Todas las exigencias en el aprendizaje musical requeridas por Luisa están caldeadas por su ternura, por su talante maternal que logran crear un clima de afecto facilitador, en gran medida, de sus progresos y en su crecimiento afectivo. Esta relación afectiva provoca una actitud de docilidad en la alumna, que aceptará aprender a leer la música en la clase de solfeo, tras la sugerencia de doña Luisa a que perfeccione la voz en el canto: “Aprendí enseguida a leer música, me familiaricé en la primera lección con todos los signos, me fue fácil, muy fácil. Alrededor de la lección hablábamos de lo que podría llegar a cantar” (Chacel: 173-174).

Una relación singular será la que establezca con don Daniel, esposo de Luisa y archivero de Simancas (Chacel: 57), cuyo status social convence a la tía Aurelia como bastante digno para dejar en sus manos la formación intelectual de su sobrina. La niña llega a sentir por él una notable fascinación, particularmente por su erudición, la cual logrará levantar en ella auténticas ambiciones intelectuales. Este personaje representa en el relato una alternativa a lo que podríamos llamar “pedagogía institucional”, por la forma de enseñar a su joven alumna. El primer día, antes de iniciar propiamente la sesión de clase, le propone una “evaluación inicial” sin examen: decide comprobar con Leticia todo lo que sabe hasta el momento, ha intuido algo de la inteligencia de su discípula. Después de hablar más de hora y media sobre distintos temas de diversas disciplinas se dirige a Leticia: “Pero, tonta ¿qué crees que he estado haciendo? ¿Contándote cuentos? Pues no: me percaté enseguida de que contigo sería inútil pensar en preguntas, y en cambio, mientras yo hablaba, me ha sido muy fácil ver en tu cara lo que comprendías y lo que no” (Chacel: 52).

Por su parte, Daniel se percató enseguida de la prodigiosa memoria de su joven alumna y planifica para ella una forma particular de aprendizaje. Examina sus libros el primer día en el despacho y los desecha todos: “Me dijo que había que pedir a Valladolid los textos del Instituto y se puso a hacer una lista” (Chacel: 60). Seguramente se refería al Instituto-escuela, impregnados de los nuevos postulados pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza que se estaban imponiendo en la escuela laica.

Rosa Chacel describe con acierto el despertar de esta admiración por el docente en el primer día de clase que Leticia tiene con Daniel en su despacho:

Al principio, mis sentimientos fueron, como siempre, una alegría loca de que hubiesen terminado tan bien los acontecimientos que habían empezado produciéndome terror, y una satisfacción, un saborear todo lo que había oído en sus más pequeños detalles. Eso era lo que yo llamaba estar en mi elemento: tener algo que admirar. Solo me había sentido en un estado semejante algunas veces al salir del teatro; tanto, que no querían llevarme nunca porque decían que me emborrachaba con lo que veía. Solamente que esto no era como el teatro: un cuadro cerrado donde no se puede entrar y que no hay medio de alargar una vez terminado. Esto, al contrario, no había hecho más que empezar y en mí estaba el saber mantenerlo (Chacel: 53).

Esa admiración de Leticia irá transformándose en un embelesamiento propio del despertar de la adolescencia, envuelto en ensoñaciones, como ya hemos comentado en líneas anteriores. En algunos estudios sobre este relato se ha hablado de profesor seductor de una niña (Rosales, 2000) o incluso viceversa; por ello, y atendiendo al carácter polifónico de los textos literarios, solo nos detenemos en su perfil como profesor /educador de una jovencita. En un principio, Daniel aparece a los ojos del lector –y de Leticia- como autoritario y mordaz. Sus actividades son el conocimiento, la reflexión y la cultura. El arma que esgrime para conquistar la atención de su alumna es su vasta erudición. Leticia

le califica como “arbitrario y poco amable” en el primer encuentro con él; en sus fantasías lo asemeja a un rey moro. Pero esta percepción infantil irá cambiando por completo en su trato cotidiano. Deslumbrada por la sabiduría del nuevo maestro, Leticia reflexiona sobre su aprendizaje y experimenta el desconsuelo y hasta la humillación de no poder seguirle en algunas de sus conversaciones con el médico y sus nuevas disertaciones y la tristeza ante una distancia insalvable que solo don Daniel puede anular desde su mundo adulto. Escribe:

Daniel falseaba su técnica; antes no había hecho más que enseñarme lo que yo ya sabía, en aquel momento se me hizo evidente. Todas sus explicaciones habían tomado siempre como base puntos centrales cuyo conocimiento poseía yo profundamente y él a aquello le añadía ramas por donde corría una sustancia que nunca era extraña para mí. De pronto cambió, aunque no de un modo ostensible. [...] Cuando todo parecía marchar por sus cauces habituales, con un inciso abordaba regiones desconocidas, sin prevenirme, como dando por sentado que aquellas regiones habían sido siempre dejadas al margen por condescendencia suya o más bien por certidumbre de que mis fuerzas eran escasas y para penetrar su intrincamiento. Así, al abordarlas, lo hacía siempre con una frase neta, precisa y tan compleja que en un instante proyectaba delante de mí todas las perspectivas de mi ignorancia (Chacel: 131).

El contacto asiduo con don Daniel y su enorme biblioteca pondrán en evidencia a la joven Leticia sus límites intelectuales; comenzará a perder la seguridad puesta en su inteligencia superior respecto a sus compañeras de colegio. Es el momento de reajustarse a la realidad, de tomar mayor conciencia de quién es y lo que pretender conseguir. A pesar de su excelencia en los estudios, Leticia no alcanza a entender los textos de los libros a los que alude don Daniel, como deja constancia en la escena en que intenta leer el libro *Historia de las ideas estéticas en España*, de Menéndez Pelayo:

La primera página, escasamente un par de minutos de lectura, fue la verdadera sensación de fin del mundo. Si fuera verosímil, creería que había leído con los ojos cerrados, tal era la convicción que tenía de la inutilidad de mi esfuerzo [...] Las palabras del libro que había intentado tragarme seguían delante de mí como una masa sin forma, como un fango donde iba hundiéndome (Chacel: 116-118).

Aunque lucha por instalarse en el mundo de los adultos a través del estudio constante, apoyada en su prodigiosa memoria, aprende que aún le queda mucho camino por andar para incorporarse a las conversaciones intelectuales de los mayores, como las que sostienen Daniel y el médico del pueblo.

5. A modo de conclusión

En un intento de abordar este relato-confesión de Rosa Chacel desde una perspectiva diferente a las ya analizadas por la crítica literaria precedente, podemos afirmar que Rosa Chacel ha conseguido introducir al lector en toda la marea de sensaciones y sentimientos fluctuantes propios de un corazón adolescente con un relato lleno de realismo e intimidad, y casi sufrir con sus “desajustes afectivos”, desmarcándose, al tiempo, de los relatos femeninos sobre niñas y el tipo de educación recibida contemporáneos al suyo, claramente moralizantes, como se ha subrayado en líneas anteriores. *Memorias de Leticia Valle*, en tanto que memorias de ficción autobiográfica, se aproxima, sin duda, a la novela de maduración y del análisis de las experiencias afectivas, sociales y morales que configuran su personalidad de adulto, alineada con el creciente interés por este tipo de relatos a lo largo del s. XIX y principios del s. XX en la literatura europea.

Hemos observado que el aprendizaje infantil de Leticia Valle en contexto formal oscila entre maestras de escuela con sensibilidad artística y otras claramente ignorantes. Tras un inicio en la instrucción con profesora particular, frecuenta la escuela privada religiosa (“escuela para ricos”, frente a la escuela nacional como alternativa educativa en su época) a instancias de su familia con un fin socializador, más que para adquirir conocimientos académicos, pues la educación de la mujer no contemplaba con buenos ojos la apertura de las jóvenes a la vida intelectual. Al trasladarse a Simancas tendrá la oportunidad de conocer las limitaciones de la escuela rural, escuela unitaria, a la que acuden las jovencitas de la localidad, y, a instancias de su tía, Leticia volverá de nuevo a la instrucción mediante profesor particular, Daniel el archivero, imbuido de los postulados pedagógicos del krausismo. Por tanto, su aprendizaje de educación primaria oscila entre las diversas opciones posibles durante el reinado de Alfonso XIII: escuela privada religiosa, escuela nacional e instrucción particular.

De igual modo, será enriquecedora la experiencia educativa adquirida por Leticia en contextos no formales, donde se manifiesta particularmente su vida afectiva en crecimiento y la lucha por el control emocional. La afectividad, en cuanto a una de las dimensiones de la formación integral de la persona, no se contempla en los fines de la educación de la época, más cercana a mera instrucción, si bien es cierto que la educación integral del niño era uno de los postulados perseguidos por la renovación escolar de la incipiente Escuela Moderna de Ferrer Guardia (Capitán Díaz, 1994).

La prosa de este relato, cargada de elisiones, mantiene al lector activo en la tarea de desentrañar los implícitos del lenguaje. Sin un acople perfecto a las características de una novela de formación, el relato nos ha permitido apreciar algunos aspectos propios de la educación femenina en las primeras décadas del s. XX, la importancia de la educación emocional y las dificultades o crisis por las que atraviesa una preadolescente para abrirse paso hacia la madurez de su personalidad. El lector advierte en esta historia que no solo educa la escuela, sino principalmente la familia y las relaciones estables con las personas del entorno. La carencia de afecto sufrida en la primera infancia empujará a Leticia a bus-

carlo en otro hogar en que se siente bien acogida, exponiéndose a riesgos desconocidos por los que deberá pagar un precio: quedar grabados para siempre en su memoria y en su corazón.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Pereletegui, G. (2011). Reseña de la edición de la obra *Memorias de Leticia Valle* a cargo de Carmen Morán [2010]. *Castilla. Estudios de Literatura*, 2: XVIII-XX.
- AA.VV. (1990). *Historia de la Literatura española*. Vol. II. Soldevila Durante, I. De 1936 a nuestros días. La narrativa. Madrid: Cátedra.
- Bezhanova, O. (2012). Female bildungsroman by Rosa Chacel and Ana María Moix: an intergenerational dialogue. *L'Erudit franco-espagnol*, 1, 3-9.
- Capitán Díaz, A. (1994). *Historia de la educación en España*. II. *Pedagogía contemporánea*. Madrid: Dykinson.
- Chacel, R. (2010 [1945]). *Memorias de Leticia Valle*. Edición, introducción y guía de lectura de Carmen Morán Rodríguez. Madrid: Vervuert y cátedra Miguel Delibes.
- Colomer, T. (1999). *Introducción a la literatura infantil y juvenil*. Madrid: Síntesis.
- De Puelles Benítez, M. (1982). *Historia de la Educación en España*. III. De la Restauración a la II República. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- Domínguez, X. M. (2007). *De todo corazón*. Madrid: Fundación Enmanuel Mounier.
- Ezpeleta, F. (2015). Maestros y maestras en la narrativa de Posguerra y Democracia (imágenes didácticas de lectura y escritura). *Álabe*, 12. DOI: 10.15645/Alabe.2015.12.7
- Ezpeleta, F. (2016). Pedagogía y novela en España: del Realismo a la Vanguardia. *Revista española de Pedagogía*, 256, 461-477.
- González, E. (1988). *Sociedad y educación en la España de Alfonso XIII*. III. La educación del pueblo. Enseñanza Primaria. Madrid: Fundación Universitaria Española, 77-118.
- Landau, E. (2003). *El valor de ser superdotado*. Madrid: Ministerio de Educación, Ciencia y Deporte.
- Lomas, C. (2007). *Érase una vez la escuela. Los ecos de la escuela en las voces de la literatura*. Barcelona: Graó.
- Lomas, C. (Coord.) (2008). *Textos literarios y contextos escolares. La escuela en la Literatura y la Literatura en la escuela*. Barcelona: Graó.
- Martínez Cachero, J. (1997). *La novela española entre 1936 y fin de siglo*. Madrid: Castalia.

- Martínez-Otero, V. (2010). *Literatura y educación*. Madrid: CCS.
- Morán Rodríguez, C. (2019). Prohibida la entrada a mayores: infancia y adolescencia en la narrativa española actual. En Celma Valero, P. y Morán Rodríguez, C. (Coord.). *La verdadera patria. Infancia y adolescencia en el relato español contemporáneo*. Madrid: Iberoamérica-Vervuert, 7-33.
- Rodríguez-Fischer, A. (1998). Hacia una nueva novela: Rosa Chacel. Zavala, I. (coord.): *Breve historia feminista de la literatura española*, vol. V, 239-266. Barcelona: Anthropos.
- Rosales, E. (2000). Memorias de Leticia Valle: Rosa Chacel o el delecto de lo inaudito. *Hispania*, 83, 2, 222-231.
- Sumalla, A. (2012). *La novela de formación en la narrativa española contemporánea escrita por mujeres*. Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.
- Uría, P. (2004) *La narrativa para niñas y adolescentes en la posguerra española (1939-1959)* Madrid: Foca.
- Yndurain, D. (2004²). *Historia y crítica de la Literatura española. VIII. Época contemporánea. 1939-1980*. Barcelona: Crítica.